

—En aquellos días no era yo un corredor de loto, Enrique; y hoy soy de lo más ocioso.

El capitán arrancó dos ó tres bocanadas furiosas á su cigarro.

—Pues como iba diciendo, Enrique, ello ha de ser. Aquí en confianza, le declaro á usted que todo el asunto en sí es una terrible molestia; pero cómo ha de ser, cuanto más pronto acabamos, más pronto quedará tranquilo.

—Así parece,—dijo el capitán secamente.

—Yo no podría sobrevivir á una boda en el campo,—continuó milord.—Quizás el recuerdo de campos, arbolados y flores me sea amargo. No podría resistirlo. Campesinos, niños ofreciendo flores, las campanas de la ermita al vuelo. No tengo fuerzas ni paciencia para semejante cosa.

—Que es lo principal,—observó su amigo.

—Hay algo de brillante y vivo en una boda celebrada en Londres: lo más á propósito para terminar dignamente la "season." ¿Quiere usted ser el padrino, Enrique?

—¿No tiene usted parientes... persona más aproximada á quien hacer padrino?

—No... no tengo nadie á quien complacer sino á mí mismo,—replicó lord Dyncourt.—Hoy pienso pasar por Stanfield House y señalar la boda para mediados de Junio. Pase usted conmigo todo el tiempo que pueda, Enrique, hasta que llegue el memorable día. Hace días que ando muy aburrido.

Y lo hizo tal como lo dijo. Fué aquella misma mañana á Stanfield House y preguntó lady Clotilde. Le habló con precipitación; sus labios estaban ardientes y secos. Durante la entrevista, causó no pequeño asombro en su prometida, al ponerse pálido y pedir un vaso de agua. Seguramente el remordimiento no actuaba jamás en aquel hombre violento, antojadizo y escéptico; ó la memoria le había llevado á la modesta casita de Rosebank, y entrevió la dulce faz que no debía volver á sonreír.

Clotilde miróle tímidamente, lleno de rubor el rostro.

—Basilio,—dijo gentilmente,—¿prefieres casarte en Londres? En nuestra posesión existe un lugarejo con una antigua iglesia, y una boda en la finca sería un acontecimiento para los colonos.

—Pero para mí no lo sería, querida. Prefiero la ciudad.

Era la primera vez, durante su cortejo, que usaba con ella aquel cariñoso adjetivo. Ella le miró con los ojos llenos de felices lágrimas.

—Trataré de hacerte muy feliz, Basilio,—dijo Clotilde.—Estudiaré todos tus gustos y disgustos, y me anticiparé á tus deseos.

Hablaba tan sinceramente, tan fervientemente y semejantes demostraciones eran raras en ella,—que la contestación cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

—Fres muy buena, Clotilde; creo que nos entenderemos.

Los ojos de la joven le miraron interrogadoramente. ¿Es que únicamente era reservado en sus maneras, y quizás no la amaba?

El vió la mirada, y su sentimiento le impresionó; tomó una de sus manos.

—Hay muchas clases de hombres en el mundo, Clotilde,—le dijo.—Algunos dicen más de lo que piensan, y otros piensan más de lo que dicen. Yo soy de los últimos. No poseo el arte de expresar mis sentimientos elocuentemente, pero no debes dudar jamás de mis sentimientos.

—Lo recordaré,—dijo gentilmente, pero un tanto intrigada.

—¿Qué es Clotilde?—preguntó él.—Veo una pregunta en tu rostro.

—Estaba pensando en lo que has dicho,—replicó ella.—Basilio, ¿es que no todos los hombres dicen la verdad?

Su inocencia, su pureza, su sinceridad le hirieron como hubiera podido hacerlo una espada. ¿Cuán poco sabía de este mundo, donde la verdad se tiene en tan poco, y el honor aun menos! ¿Acaso no dicen la verdad todos los hombres? ¿Qué la diría, teniendo una blanca mano entre las suyas y hablándola del tiempo en que sería su mujer?

Todos las cosas vinieron por sus trámites. Lord y lady Voyse, que aprobaban cordialmente la elección de su hija, convinieron en el acto con lord Dyncourt sobre la fecha de la boda. Conocían á lord Dyncourt desde su niñez; le conocían como un par del reino, como un digno aristócrata, un riquísimo propietario, un hombre que, á querer, tenía abierta una brillante carrera política; un hombre que llevaba un apellido tan antiguo como el primero. Jamás habían oído nada contra él; en realidad, todo lo que de él podían decir sus peores enemigos, era el ser "un poco inconstante;" y este calificativo se toma según la disposición de ánimo de cada cual.

Todo quedó convenido y arreglado. Chiltern Royal se puso en restauración: decoradores, lampistas, jardineros, obreros de toda clase estaban ocupados allí. Las jovas de la futura lady Dyncourt estaban encargadas á los célebres diamantistas Horton hermanos. Madama Celeste mostraba el "trousseau," á un grupo de admiradores espectadores; los carruajes y caballos se exhibían en casa de Falcom. Jamás había habido semejante excitación acerca de una boda desde hacía muchas "seasons."

Amaneció, por último, el dichoso día, 12 de Junio, y jamás se vió más solemne ceremonia, ni aun en la parroquia de St. George, en Hanover Square. La flor y nata de la buena sociedad londinense acudió allí. Un gran duque y una princesa real honraron la ceremonia con su presencia.

Los periódicos publicaron una larga lista de magníficos presentes, una larga lista de invitados, una detallada descripción del soberbio banquete servido en Stanfield House; pero no hablaron del incidente más conmovedor de la ceremonia. Tuvo lugar cuando el coche de camino esperaba á la puerta y lady Clotilde estaba cambiando de traje.

Lady Voyse llamó aparte al novio.

—Basilio,—dijo,—espero haber ganado un hijo, no perdido una hija.

El dió una amable respuesta pero lady Voyse pareció no quedar plenamente satisfecha.

—Te he dado hoy,—dijo,—el mayor tesoro que poseía en la tierra... fortuna y posesiones

no significan nada á su lado. ¡Oh! Basilio, ¿serás bueno para ella? Jamás ha oído una palabra dura ó indiferente; siempre ha sido tiernamente amada y acariciada. ¿La tratarás con todo el cariño posible?

Las lágrimas de la madre le afectaron como nada lo hubiera hecho.

—Seré bueno para ella,—dijo.—Puede usted tener plena confianza en mí.

Después, entre un coro de felicitaciones, congratulaciones y bendiciones, partieron para comenzar la nueva vida que á Clotilde, lady Dyncourt, parecíale el anuncio de un cielo.

La traición quedaba consumada, y, sin embargo, no cayó el cielo; el sol brillaba y se erguían las flores, como si el menor destello de falsedad existiese sobre la tierra.

FIN DEL PROLOGO.

A TRAVES DEL MUNDO.

CAPITULO PRIMERO

Han transcurrido algunos años después que Silvia Rymer dió su adiós á Inglaterra y á su hijo. Rara vez el tiempo ha producido tales maravillas ó producido semejantes cambios como en ella. Había salido de casa bella y graciosa, es cierto; dotada con cierta clase de tacto que equivalía á una sólida instrucción; convirtiéndose en una de las mujeres más elegantes y distinguidas que puedan darse.

¿Qué cosa más elevada que el amor? ¿y qué amor más grande que el de una madre por su hijo? Si el pequeño Cirilo hubiese muerto, la vida de Silvia no hubiera tenido objeto; la hubiera tenido indiferente la manera de pasarla. Pero como vivía, toda su mente y toda la fuerza de su alma se dedicaron á un objeto: hacerse una digna compañera de su hijo. Cirilo sería un caballero, aquel hermoso y noble hijo suyo, y ella no debía avergonzarse. Por él dejaba el lecho cuando los otros dormían. Estudiaba infatigablemente; leía, pensaba y comparaba. Por él se apropiaba todos los conocimientos que podía adquirir; por él buscaba la conversación de las personas graves é instruidas; por él cursó desde los primeros rudimentos de la educación, leyó textos escogidos, y dedicó todos sus momentos á instruirse. Tenía grandes facilidades. Mrs. Greville, la dama que la había admitido como compañera, no pensaba más que en divertirse. Se levantaba muy tarde, y Silvia, que madrugaba, se encontró con que tenía casi medio día á su disposición.

El resultado de aquella constante y laboriosa aplicación fué casi maravilloso. Cuando lord Dyncourt la conoció, era una adorable, sencilla y graciosa joven; algo semejante á una florcilla silvestre, trasplantada del bosque, ignorante, pura de corazón y de alma, pero sin cultivo; ahora era una de las mujeres más refinadas y graciosas. En su rostro resplandecía su hermosa alma. Ha-

bia elegancia y gracia en sus palabras; una dulce sutil fantasía parecía dictar sus pensamientos. Había contados asuntos sobre los cuales no pudiera discutir con desembarazo y fluidez. Poseía un método de expresar sus pensamientos, á la vez tan sencillo y tan gracioso, que el hombre más instruido se deleitaba oyéndola. Hablaba el francés y el italiano con facilidad y podía leer el alemán; conocía más que medianamente la literatura moderna. No había cuadro de algún mérito cuya historia no conociese. Siempre había sido hermosa; pero se habían hecho más distintos los hechizos de su rostro; ya no se componían tan sólo de forma y color. La espiritual, clara expresión, era quizás ahora su mayor encanto.

En suma, una mujer más bella, graciosa y distinguida que Silvia Rymer en este período de su vida, hubiera sido difícil encontrarla.

Mrs. Greville veía el cambio con sincero deleite. Era demasiado generosa, de demasiado corazón, para temer una rivalidad. Nada le complacía tanto como oír las alabanzas tributadas á su bella compañera.

Una cosa, sin embargo, la tenía intrigada. ¿Por qué rehusaba, invariablemente, todas las ofertas de matrimonio? Se le habían hecho varias, algunas ventajosísimas, entre otras la de un caballero florentino cuya fortuna y posición eran indiscutibles; pero Silvia rehusaba con quieta dignidad que asombraba á la brillante viuda.

—¿De modo que ha calabaceado usted también á monsieur De Launc?—le dijo un día.—¿Sabe usted que heredará algún día el título y la fortuna de su padre?

Silvia sonrió.

—Sí; no era posible otra cosa, pues no ha cesado usted de decírmelo desde el primer día que entró en casa.

—Por su bien, Silvia. ¿Por qué lo ha rechazado usted?

—Por una razón tan sencilla que se reirá usted en cuanto se la diga... porque no le amo.

—¿Amar!—dijo Mrs. Greville con acento del más profundo desprecio.—¿No creí que usted pensaba seriamente en semejante tontería!

Tocóle á Silvia su turno de admirarse.

—¿Qué usted no?—preguntó.

—No,—fué la franca respuesta,—decididamente no. ¿Qué fuera de mí á soñar siquiera en semejante cosa?

—¿No es cosa esencial para la vida?—preguntó Silvia.

—No; ó, de otro modo, ¿dónde estaría yo? Me he pasado perfectamente sin eso. No he amado á nadie, excepción hecha de mí misma.

—No puedo creerlo,—observó Silvia, vacilando.

—Pues le aseguro á usted que es cierto. Tengo simpatías por muchas personas. Cuanto posible, sin grandes molestias para mí, ayudo al que me necesita. Naturalmente, aprecio á unas personas más que á otras; pero como tener amor... jamás lo he sentido, ni jamás prestaré oídos á semejante papatrucha.

—¿Pero,—dijo Silvia, un tanto desconcertada,—su marido?... ¿qué, entonces?...

—Sentía por él el más profundo respeto,—re-

plicó Mrs. Greville.—Era un hombre bueno y dignísimo; pero amor... ¡si me casé de veinte años y él tenía sesenta, Silvia! Siempre me he considerado una mujer juiciosa; muy joven aún, pesé cuidadosamente mis probabilidades. las miré cara á cara, y vi claramente cuáles eran. Mi origen era distinguido y tenía... así lo decían... un lindo palmito; tenía buenas relaciones, pero era pobre; mi deber, pues, era buscar un marido rico. Me dije que no debía admitir ni el amor ni otras tontunas.

Mrs. Greville se detuvo, para reírse de la horrorizada expresión del rostro de Silvia.

—Fui realmente sistemática en mi manera de proceder,—continuó Mrs. Greville.—Tan pronto como frecuenté la sociedad, me puse en acecho de mi ideal. Encontré con que éste podía serlo Mr. Greville, de Lingloime, un retirado capitalista, cuyo nombre valía mucho dinero. Casi antes de verle, me dije que aquél era el partido que más me convenía.....

—Pero ¿no hay poesía en semejante vida!—interrumpió Silvia.

—No, ciertamente. La poesía hermosea la literatura, ayuda á vender libros; pero el que quiera vivir en paz, que huya de ella. Confieso que, cuando fui presentada á Mr. Greville, hice todo lo posible por fascinarle, y al poco tiempo tuve el placer de encontrar que lo había conseguido; pidió mi mano y nos casamos. No crey que haya habido dos personas más felices; jamás, que yo recuerde, se ha cruzado entre nosotros una palabra desagradable.

—No le es dado á todo el mundo acallar su corazón, sus sentimientos y afectos,—observó Silvia.

El expresivo rostro de la viuda brilló placidamente.

—Porque todo el mundo es más ó menos estúpido; poetas, pintores y novelistas, son, por regla general, los responsables. Créame usted: la idea de que el mundo no puede existir sin el amor, no es, después de todo, más que una idea. Si se pensase menos en esta tontuna, sería mucho mejor. La juventud permite que sus mentes se llenen de estas ideas absurdas acerca del amor, y sacrifican á ella las más juiciosas nociones. Muchos hombres y mujeres han vivido sin él muy felices, y no se han quejado de su suerte.

—Pero,—objetó Silvia,—usted dice que se ama á sí misma. ¿No es más noble, cuando menos, amar á otro, que reconcentrar todo pensamiento y ansiedad en uno mismo?

—El instinto de conservación es la primera ley de la naturaleza,—dijo Mrs. Greville;—de manera que al amarse á sí mismo es casi una virtud.

—Usted no perdería por amor ni la razón ni la vida,—dijo Silvia.

—No, realmente; aprecio demasiado las dos cosas. Y ahora, Silvia, ¿quiere usted decirme por qué ha rehusado el brillante porvenir que se le ofrecía como madame de Lanne?

—Yo no pienso como usted; no me casaría sin amor. Me atraen poco el dinero, la posición, el rango y otras ventajas.... pero necesito amor. Mrs. Greville se rió cordialmente.

—Es usted como muchas mujeres que yo conozco, y se estrellará usted por último sobre algún escollo. ¿Amaba usted, pues, mucho á su marido, Silvia?

El delicado rostro se sonrojó y sus labios temblaron. Habían transcurrido años desde que la casita junto á los lagos de Escocia no era para ella sino un sueño, pero tenía la facultad de emocionarla. Ni una hora de aquel tiempo había sido olvidada, ni una pena, ni un destello de gozo, ni un instante de la amarga angustia. Lo recordaba todo como si hubiese ocurrido ayer. Aun cuando la vida fuese brillante para ella y se hubiese extendido con mil nuevos estímulos, hubiera, sin embargo, deseado morir, antes que descubrir la perfidia del hombre que amaba.

Otros pensamientos más graves habían acudido. Asistía una noche á la brillante recepción dada por un par inglés en Roma, y la conversación versó sobre un caso legal que estaba llamando la atención en toda Inglaterra. Se trataba de un caballero inglés que se había casado en Escocia con una mujer bella y distinguida, á la que decía amar grandemente. Se había casado á presencia de testigos, y según la fórmula escocesa. Habían sido conocidos como marido y mujer durante algún tiempo, y después, al suceder él á herencia y título de nobleza, presentó demanda de nulidad.

Nada puede dar una idea del interés con que Silvia seguía aquella discusión. No había dos opiniones iguales. Unos decían que el matrimonio era válido, otros que no lo era; alguien afirmaba que las leyes sobre el matrimonio no eran lo mismo para Escocia que para Inglaterra. Aun cuando absurda, esta opinión era la dominante, y Silvia preguntó:

—¿Es posible que un casamiento legítimo en un país, no lo sea en otro?

Se le contestó afirmativamente; el caso no era raro, había ocurrido, é indudablemente volvería á ocurrir.

—¡Pero eso es horrible!—dijo ella.—No me cabe en la cabeza semejante estado de cosas.

Decía esto á un grave y canoso personaje, miembro del Parlamento en muchas legislaturas, y la expresión de asombro del hechicero rostro le interesó.

—No durará mucho,—dijo.—La atención de nuestros legisladores se ha fijado muchas veces en eso... Es indispensable una reforma.

—¡Claro que es indispensable!—apoyó Silvia con vehemencia.—Siempre he considerado el casamiento como una solemne ceremonia, en la cual se une á dos seres en nombre de Dios, sin referencia á leyes humanas.

—Eso es lo que debiera ser,—replicó el anciano representante,—y lo que será cuando los hombres consideren necesaria la extinción de ésta y otros abusos.

—En efecto.... sería laudable poner fin á tal estado de confusión.

—Parece regla inviolable,—afirmó el político,—y creo que ha de parecer justa á toda persona de criterio que, cuando dos personas se creen unidas de buena fe, el matrimonio es legítimo.

Mil preguntas concretas subieron á los labios de Silvia; pero se contuvo. No quería excitar la atención por sus palabras ó maneras.

—Conozco un penoso ejemplo, ocurrido hace años,—continuó el anciano, viendo el interés que el asunto despertaba en Silvia.—Un caballero... llamémosle Mr. Devereux.... enamoróse de una joven que estaba muy por debajo de él en posición social. Llevóla á Escocia y allí celebraron el matrimonio según las leyes escocesas; vivieron juntos tres años y tuvieron dos hijos. Al final de este tiempo, Mr. Devereux se cansó de la joven, y la dijo que lo que ella había creído un casamiento, no era tal en absoluto. Fijóle una pensión y regresó á Inglaterra, casando al poco tiempo con la hija de un par inglés.

—¿Y ella... la primera esposa....?—dijo Silvia anhelante.

—Durante varios años pareció como ignorante de sus derechos; después los reclamó. Es imposible decir cuál hubiera sido el resultado; pero la segunda esposa murió mientras se tramitaba el pleito, y él, para cortar el escándalo, suplicó á su primera esposa que le perdonase. Hoy se llama la condesa de A....; pero entre su marido y la familia de la esposa inglesa existe una mortal rivalidad que puede acarrear funestas consecuencias.

El miembro del Parlamento no podía explicarse por qué el hechicero rostro de su interlocutora adquiría una expresión de mortal angustia.

—Y usted,—preguntó Silvia,—¿cuál de esos dos matrimonios juzga el legítimo?

—El primero, sin ningún género de duda; era un casamiento de buena fe. La joven así lo creía y á los ojos del cielo así era. Pero Mrs. Rymer.... ¿se siente usted mal?... Aquí estoy yo charlando con los codos y mareándola quizás. Venga usted conmigo á que le dé el aire.

—No, muchas gracias,—contestó ella;—es que soy muy sensible y su relato me ha impresionado.

El contempló la pura, delicada, hechicera faz, sin sospechar que cada una de sus palabras había sido un bálsamo consolador para su lacerado corazón, pues la llevaba la esperanza de que su hijo no era el fruto de una unión vergonzosa.

—Pienso,—dijo el anciano quietamente,—que por gentil providencia las mujeres sensibles saben poco de los horrores del mundo.

En esto llamaron al representante y Silvia se quedó sola. Luces, flores, rostros bellos, todo parecía girar en torno suyo. Apenas si tenía conciencia, pues le había llegado la repentina convicción de que, si aquellos matrimonios eran legales, el suyo lo era.

Ella se había casado de perfecta buena fe: en su mente no había habido la menor sombra de duda. Según toda probabilidad, los casamientos contraídos en Escocia, y según la fórmula de aquella región, eran válidos en todos los países. ¿Estaba en la mano del hombre que se había casado con ella al anular el enlace por su sola voluntad?

No se le había ocurrido tal cosa antes; había creído implícitamente que su matrimonio era una farsa, un engaño. Si era legal—¿si era vá-

lido, justo Dios!—en lugar de ser una desgraciada víctima del engaño, sería realmente la legítima esposa de Ulrico Rymer; si su hijo, en lugar de no tener apellido, tenía derecho al nombre de su padre; si esta vergüenza, esta angustia, se apartase de ella.... ¡oh, entonces, aun podría ser un tanto feliz!

Las paredes parecían adelantar hacia ella. Sucédiale como á un hombre que hubiese estado largos años en un oscuro calabozo y viera de repente un rayo de luz. Ella vió este destello y la deslumbraba; deseaba gritar, pero sus labios parecían secos é inertes; su respiración se hizo fatigosa. ¿Era posible que, después de todo, él la hubiese engañado, que fuera su legítima esposa y él la hubiese abandonado?

Hubo una repentina sensación en el brillante círculo; la hermosa dama inglesa, cuya dulce faz había sido el centro de toda atracción, se había desmayado de pronto y fué trasladada fuera del salón.

Mrs. Greville ordenó inmediatamente el carruaje y se hizo conducir á casa, pero transcurrió algún tiempo antes de que Silvia se repusiera del choque. Cuando volvió en sí, encontró á Mrs. Greville á su lado, con la sonrisa en los labios.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido á usted esta noche, Silvia?—preguntó á la joven.

—No lo sé, no lo puedo decir,—contestó ella con tembloroso tono.

Mrs. Greville se aproximó más, mirándola intensamente.

—Hay en su rostro algo de nuevo y extraño esta noche, Silvia. ¿Qué es eso... una luz que es casi una sombra?

Silvia no contestó y su amiga se encogió de hombros.

—¡Ah! No quiere usted confiarse en mí; pero no soy mala fisionomista. Estoy segura de que, por uno ú otro concepto, tiene usted algo que ver con el gran destructor del mundo... el amor. ¿Ha visto usted á monsieur de Lanne?

—No, no le ví. ¡Oh! Mrs. Greville, le ruego que no vuelva á mencionarse nombre. Usted no sabe....

—Naturalmente que no sé... Usted no quiere decirme.... ¿cómo lo he de saber? Si tiene usted algún secreto, Silvia, encontrará usted en mí una segura confidente.

Pero Silvia desvió el rostro con algo de desesperación. ¿Cuán poco podía sospechar nadie cuál era su secreto!

Mrs. Greville era muy buena con ella é insistió en que necesitaba descanso. Pero para Silvia el reposo estaba poblado de pensamientos tan penosos que prefería la actividad.

CAPITULO II

Todos los demás intereses de Silvia Rymer quedaban reducidos ahora á uno solo: ¿era ó no la legítima esposa del hombre con quien se había casado de acuerdo con la fórmula y leyes escocesas? ¿Cuán ansiosamente siguió la marcha de aquel dificultoso caso, no es posible expresar-

lo! Leía todos los detalles del litigio, sin omitir una palabra; pero aquel proceso tenía intrigados á los hombres más pensadores. La causa se había visto en Irlanda, y allí, entre las aclamaciones del público, repique de campanas y demás muestras de regocijo, se falló en pro de la demandante. Esta era—según opinión de jurado y tribunal—la esposa legítima del hombre con quien se había casado. No podía haber equivocación acerca de ello ni cuestión alguna. Era su legítima esposa. Esto hubiera podido ser considerado decisivo; pero fué llevado á los tribunales ingleses y éstos fallaron en contra. Silvia encontróse desorientada al leer esto. ¿Era posible que en un país que se jactaba de poseer leyes justas, se cometiese tanta injusticia?

Cuanto más pensaba acerca de la materia, más conforme estaba con la opinión del anciano político, de que cuando las gentes creían haber sido casadas, el matrimonio era legal y válido. Pero, sin embargo, la duda que le asaltaba le parecía más terrible que sus primeros temores. Sentíase capaz de dar su vida mil veces por convenirse de que ya no pesaba sobre ella la vergüenza y el reproche.

—Moriría,—dijo para sí—sufriría todos los tormentos, por saber que á la vista del cielo soy su legítima esposa.

Resolvió que, si volvía á ver al anciano representante Mr. Everham, le daría un discurso de su historia, achacándola á otra, y le pediría su opinión. Nada más fácil que hacer recaer la conversación sobre aquella materia, y luego obrar según lo que él indicase. Pero la suerte pareció declararse en contra suya; había encontrado con frecuencia á Mr. Everham, y ahora que le necesitaba no parecía sino que la tierra se lo hubiese tragado.

—¿Quiere usted venir esta noche á casa de madama Toriani, Silvia?—le preguntó Mrs. Greville.—Da una brillante recepción á la que asistirán los príncipes napolitanos.

Silvia no se encontraba bien hacía unos días y casi no salía de casa. De pronto se despejó su rostro.

—¿Irá Mr. Everham?—preguntó.

Mrs. Greville se echó á reír.

—¿Es él el atractivo? Sí, pienso que irá; es decir, si es que está aún en Roma. Hace tiempo que no le veo. Pero ¿qué interés tiene para usted Mr. Everham? Puede ser su abuelo.

—Me gusta hablar con él; tiene talento y está bien informado.

—En fin, cada cual tienen sus gustos. De todos modos me alegro de que venga usted; eso le probará, y necesita usted distracción.

—No me encontraba bien,—dijo Silvia.

—¡Oh! ¡Ha habido algo más que eso; pero no importa. No estoy dotada del defecto más fatal en las mujeres... la curiosidad. No quiero fastidiarla á preguntas. Ha estado usted ansiosa é infeliz; poseída de una febril inquietud; si hablar con Mr. Everham la beneficia, hablará usted con él.

Mrs. Greville parecía tan complacida de volver á salir con Silvia, que ésta sintió profunda gratitud. Fueron á la recepción de madama Tor-

iani, y uno de los que vieron primero fué Mr. Everham. Mrs. Greville, siempre dispuesta á favorecer á sus amigos, hablóle y le llamó á su lado. De pronto, afectando que había visto á un conocido, volvióse á él con su irresistible sonrisa.

—Mr. Everham... ¿quiere usted quedarse con Mrs. Rymer? Allí veo á un conocido, y sé que se pone nerviosa cuando se queda sola entre tanta gente.

La fisonomía de Mr. Everham se iluminó.

—No podía usted proporcionarme mayor placer, madama,—dijo.

Y Mrs. Greville sonrió cuando el anciano tomó asiento al lado de Silvia.

El gran deseo de su corazón estaba cumplido. Silvia titubeó, no sabiendo cómo empezar la conversación. Pero Mr. Everham la sacó del apuro, preguntándole si aún conservaba interés por el caso de la joven casada en Escocia y abandonada luego. Contestó que sí, que leía todo lo referente al caso, y convenía con el jurado irlandés que había fallado en pro de la esposa.

—Y yo también,—afirmó él categóricamente.

—A formar yo parte del jurado inglés, jamás se hubiese dado ese veredicto en contra. Lo hubiese combatido.

Entonces Silvia cobró ánimo, y, levantando sus hermosos ojos, dijo:

—Usted parece comprender estas materias, Mr. Everham. Deseo decirle á usted algo de una amiga mía, si me hace usted el favor de oírme.

—De oírlo? ¿Cosa más clara! ¿Cree usted que pueda pedir nada más agradable que escucharla á usted?

Cualquiera mujer en su lugar hubiera hecho una desesperada tentativa, hubiera revestido la historia de algo que la hiciera interesante.

Pero Silvia estaba afectada, su bello rostro se puso enteramente pálido, sus labios temblaron y sus ojos expresaban una suplicante manera que hubiese conmovido el corazón más duro. Miraba al galante ansiosa, como si éste tuviese su suerte en las manos.

—¿Qué de su amiga?—preguntó el representante, por último.

Y ella se estremeció como el que es arrancado de pronto del sueño.

—Considere usted mi historia como reservada...—comenzó Silvia.

—Me han confiado muchos secretos en mi vida,—respondió él gravemente.—Puede usted tener confianza en mi discreción.

—Mi amiga, hace años, era una sencilla, linda, inocente joven aldeana, que no tenía la menor experiencia del mundo; sencilla, buena, porque no conocía el mal, pero estimando su reputación sobre todo.

Quizás no fuese lo que el mundo llama una santa; pero si la hubiesen ofrecido todo lo del mundo porque obrase mal, hubiera rehusado.

El se inclinó como manifestando que había comprendido perfectamente el carácter.

—A la aldea en que ella vivía,—continuó Silvia,—llegó un arrogante, inteligente y cumplido caballero, el cual se enamoró de ella y la pidió, al poco tiempo, que se casase con él. Ella acep-

Las palabras comenzaban á salir lentamente de sus labios, y sus entrelazadas manos á estrecharse más.

—Mi amiga tenía madre, y parecía no haber causa para hacer de su amor un secreto; pero, al último, el caballero convenció á la joven á que se fugase con él, sin conocimiento de nadie. No necesito decirle á usted á qué medios apeló para persuadirla; la parecieron buenos, y no dudando de él, le siguió. Se encaminaron á Escocia y allí se casaron.

—¿De qué manera?—preguntó él, que parecía muy interesado por el relato.

—Ante testigos; él la tomó la mano y repitió la fórmula verbal, declarando que delante de testigos la tomaba por esposa. Ella hizo lo mismo; y eran reconocidos en todo el vecindario como tales esposos. Tuvieron un hijo que fué bautizado por el rector del pueblo donde vivían. Yo creo que si alguien hubiese dicho que no eran casados, nadie hubiese creído semejante cosa.

—¿Y bien?—dijo el anciano, pues ella, incapaz de continuar, se había detenido.

—La joven, mi amiga, creía en aquel casamiento como creía en Dios. No creo que nada en el mundo hubiese quebrantado su fe en ello, hasta que por último, súbitamente, para asombro y angustia suya, él la abandonó... la abandonó sin una palabra, escribiéndole para decirle que su casamiento no era legal y que había señalado una pensión para ella y su hijo.

—¿Ese hombre era un villano!—exclamó Mr. Everham.

Silvia levantó la mano como para parar un golpe.

—¡Oh, no... no!—exclamó á su vez.—¡No diga usted eso!

Después se contuvo y recobró el dominio sobre sí misma.

—No sabemos,—continuó,—no podemos decir cuál sería la tentación. No conocemos todas las circunstancias. Quizás haya algo que lo excuse....

—Nada de eso,—interrumpió él.—Las mujeres son tan compasivas y misericordiosas que quisieran excusar todo crimen. Le digo á usted que fué un villano. ¿Y qué ocurrió después?

—Se fué, como he dicho, abandonando á la joven y á su hijo. Durante algún tiempo la pobre joven estuvo casi loca; realmente le abandonó la razón. Era la afrenta, la deshonra, ella que había puesto todo su confianza en aquel hombre.

—¡Pobre muchacha,—murmuró el anciano.—Fué ciertamente una cosa cruel.

—Ella no quiso aceptar el dinero... jamás tocó un céntimo. Aceptó el golpe que el destino la deparaba. Se acostumbró á mirarse como una rechazada por el mundo. Salíó de la casa donde había sido tan feliz, desesperada y con el corazón destrozado; no se llevó consigo más que á su pequeño. Siguió viviendo, arrastrando su pena, su vergüenza, su angustia; sin embargo, viviendo. Su hijo creció, robusto y hermoso... todo le fué prósperamente... pero ya, no le volvió á

ver más. Lo que yo quería preguntarle á usted es: ¿Cree usted que mi amiga era la legítima esposa de aquel hombre?

CAPITULO III

Silvia se detuvo en cuanto hubo hecho la pregunta. No conocía cómo volaban los momentos ni cómo transcurría el tiempo. La brillante escena—las luces, los sonrientes rostros, la brillante pedrería, todo,—se desvaneció ante sus ojos; no veía más que el bondadoso é inteligente rostro inclinado hacia ella. Parecía que el tiempo había detenido su curso. Su última pregunta le resonaba en los oídos como si le repitiese un eco escalonado, tal era su expectación; la voz de Mr. Everham la sacó de su estupor.

—¿Era su esposa legítima?—repitió el representante lentamente, como si pesara la cuestión. —¿Dice usted que se casó de toda buena fe y con sincera creencia?

—Con toda certeza,—contestó Silvia.

—¿Y eran conocidos en aquella parte de Escocia, donde vivían como esposos?

—Perfectamente conocidos.

—¿Se casó ella... su amiga... bajo su verdadero nombre?—continuó Mr. Everham.

—Sí... no hubo la menor tentativa de ocultarlo.

—¿Y él usó el suyo ó se puso alguno por el que no era conocido?

—Eso no puedo decirlo; pero le conocían en Inglaterra por el mismo nombre... no creo que fuese fingido. ¿Qué piensa usted, Mr. Everham?... ¿cree usted que el matrimonio era legal?

Su agitación era tan grande que fué asombroso que él no lo notase. Su rostro estaba descolorido, sus manos temblaban, sus labios estaban convulsivos; parecía como un reo que espera su sentencia de muerte.

—Mi opinión es que ese matrimonio era legal y válido. Válido ante los ojos de Dios y creo que ante los de los hombres.

Silvia guardó silencio durante unos momentos; la tensión de sus nervios había sido demasiado grande; se relajó la presión de sus manos y de su pecho brotó un ahogado suspiro. Tan solo un poderoso esfuerzo de su voluntad la libró de un desvanecimiento.

—Me interesa mucho lo que he oído,—continuó Mr. Everham.—¿No ha hecho reclamación alguna de sus derechos ó tratado de ratificar el casamiento?

—No,—contestó Silvia,—hizo lo que ya he dicho; aceptar los hechos sin protestar y sin hacer ningún esfuerzo para enmendarlos.

—¿Volvió á casarse él?—preguntó Mr. Everham?

—No puedo asegurarlo, aun cuando creo que sí.

—Entonces se expone á un proceso por bigamia. Le diré á usted lo que pienso hacer. Mrs. Rymer. Mis conocimientos legales son profun-

dos, así creo, pero no me gusta decidir por ellos. Tengo un amigo en Londres, el eminente juristaconsulto Holkstone. Le escribiré y sabremos su opinión, que será de gran peso.

—Es usted muy bueno en tomarse tanto interés.—dijo Silvia.

—¡Ah! Mi querida Mrs. Rymer, no quiero engañarla á usted; mi interés es por usted, no por su amiga. Si no fuese amiga de usted, apenas si me tomaría la menor molestia. Desgraciadamente, semejantes historias son muy comunes. Como quiera que sea, yo escribiré, y si usted me lo permite en cuanto tenga contestación, iré á comunicársela.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco.—replicó ella.—Mr. Everham, ¿será decisiva la respuesta?

—Tengo la seguridad.—contestó el anciano.—Hay pocos hombres más profundos que Holkstone en materia legal. Si él dice que ese casamiento era sólido, puede usted confiar en que la situación de su amiga quedará despejada. Si dice que no hay que perder toda esperanza.

—Si dice que sí.—preguntó Silvia.—¿qué habrá que hacerse entonces?

Mr. Everham levantó la cabeza con gran animación.

—Su amiga, naturalmente, hará lo que quiera; pero yo en su lugar, daría los pasos necesarios para reivindicar mi derecho. Arrancaría la máscara al miserable y le llevaría ante los tribunales: enterar á todo el mundo de que era indigno de crédito y que lo conocieran tal como es.

Una luz casi divina brilló en el rostro de Mrs. Rymer.

—Creo que no hará caso; pero le será de gran consuelo saber que el mundo no puede señalarla con el dedo.

—¿No dice usted que tiene un hijo?—preguntó Mr. Everham.

—Sí.—dijo ella con voz entrecortada.—un hijo hermoso y bueno.

—Entonces, aun cuando ella se sacrifique como quiera, no tiene derecho á sacrificar á su hijo. ¡Buena! Ya hemos moralizado bastante, Mrs. Rymer. Ahí viene madama Torlani con los principes napolitanos. Realmente son unos gallardos mozos.

El anciano le hablaba con buen fondo, creyendo que así la entretenía y demostrando gran conocimiento del mundo; pero ella no oyó una palabra: todos sus pensamientos estaban ocupados en lo que pudiera ser la opinión del abogado. Interrumpióle en medio de una brillante descripción de la difunta reina de Nápoles, para preguntarle si la contestación tardaría mucho.

El la miró sorprendido; pero sin tomarlo á mal.

—¿Qué amiga tan afectuosa es usted!—dijo riéndose.—En un caso ordinario tendríamos que esperar tres ó cuatro semanas; pero le rogaré á Holkstone que me conteste con urgencia. Tengo la convicción de que me complacerá. Será, pues, cosa de unos diez días.

—Diez días!—se dijo Silvia.—¿Cómo los pasará? ¿Cómo pasar esas horas, esos minutos?

Después se acercó á Mrs. Greville, con muchos festivos comentarios sobre tan larga entrevista; á la madrugada empezaron á desfilar los invitados.

—Empiezo á tener mis sospechas.—dijo Mrs. Greville á Silvia cuando el coche las llevaba á casa.—Después de hablar tan sentimentalmente, creo que intenta usted conquistar á Mr. Everham.

—Nada de eso.—contestó Silvia gravemente, cosa que aumentó el buen humor de Mrs. Greville.

Con mucha dificultad, contestó Silvia á las joviales observaciones de su amiga, tanta era su preocupación. Dentro de diez días sabría si la amparaba algún derecho para el título de esposa; si su hijo podía usar el nombre de su madre; si el terrible borrón que la había deprimido y humillado podía extinguirse; si podía abrir su corazón á una más brillante influencia de la vida y permitirle dejar caer de sus hombros aquel manto de vergüenza y oprobio. Todo esto, estaba en juego, y las risueñas chanzonetas le parecían crueles; no las podía comprender; estaba en la balanza—vida ó muerte.—

¡Diez días enteros y cada uno con sus largas veinticuatro horas! Si la respuesta era afirmativa, ¿qué haría entonces? Esto haría desaparecer de ella aquel estigma de vergüenza, pero no podría devolverle su perdido amor, el héroe que ella había adorado; nadie podría pagarle las lágrimas que había vertido, la angustia que había soportado, el candente sentimiento de desolación y miseria á través del cual había pasado; nada podía devolverle el pasado y restaurar el derrocado ídolo que vacía en ruinas en torno suyo.

Durante aquellos días de suspensión no osó mirar hacia adelante. Si la respuesta era negativa, nada la restaba sino resignarse, pasar su vida lo mejor posible y soportar su pérdida como pudiese.

—Pero ¡si era afirmativa! No osaba pensar lo que haría, lo que diría, los pasos que daría.

Cruzó por su mente la súbita idea de que ella no sabía dónde ni cómo hallar á Ulrico Rymer. Tenía la idea, vaga y confusa, de que ocupaba una situación elevada. ¿Cómo hallarlo? Durante los años que estaba separada de él, no había oído mencionar su nombre; y siendo de alto rango, como ella medio creía, era raro no haberle oído nombrar nunca.

—¿Vivía ó había muerto? No se le ocurrió, como se le hubiera ocurrido á la generalidad, que el medio más recto y seguro era escribir á los abogados donde su marido le había indicado que recogiese la pensión. Este pensamiento no le pasó siquiera por la imaginación.

—Cuando vuelva á Londres.—se dijo.—preguntaré por él. Haré toda suerte de pesquisas. Si vive, yo le encontraré; si ha muerto, encontraré su sepultura.

Vivió á través de aquellos diez días—años después no hubiera podido decir cómo;—pero terminaron por último. El undécimo presentóse Mrs. Everham en la quinta y preguntó por Mrs. Rymer.

Su corazón palpitaba, cuando hizo su entrada en el salón, con tal violencia, que apenas le era posible hablar. Una mirada la hizo comprender que la carta había llegado.

—He venido un día más tarde de lo convenido.—dijo el anciano miembro de la Cámara,—pero la carta no ha llegado hasta esta mañana... y no he querido detenerme ni un minuto.

Ella le miró en el rostro; él notó su agitación.

—¿Qué opina?—murmuró Silvia.
—Buenas noticias para su amiga, Mrs. Rymer. El casamiento fué perfectamente legal y ella es una esposa legítima.

CAPITULO IV

Transcurrió un buen rato antes de que Silvia pudiera recobrarle. El mundo parecía haber concluido; el tiempo detenido su marcha. La maldición que la había perseguido por años caía por fin. Por fin se veía libre y desencadenada; por fin podía levantar la frente, donde no se veía el estigma de la vergüenza; por fin estaba en condiciones de ocupar el lugar que más había deseado: el de las mujeres honradas, cuyo orgullo y boato es su buena reputación.

Mr. Everham se percató de su emoción.
—Quiere usted mucho á su amiga.—dijo gentilmente.—Y ahora permítame usted que la lea esto.

La carta era un tanto oscura en fraseología legal, pero el sentido era perfectamente claro aun para la aturdida mente de Silvia. Podía haber duda en cualquiera otro; pero al famoso juristaconsulto no le cabía ninguna. No había flanco débil en aquel casamiento.

—La esposa tiene motivo bastante para demandarle ante los tribunales.—decía Mr. Holkstone,—y no hay duda, de que se resolverá en favor suyo.

—Ya ve usted, Mrs. Rymer.—dijo Mr. Everham.—su amiga tiene el apoyo de la ley en su favor.

El buen señor notó que su interlocutora estaba demasiado agitada para dar una respuesta coherente, pero no se le ocurrió la menor sospecha de la verdad. No soñó siquiera que aquellos informes eran para ella, pues de otro modo los hubiera tomado con más celo. Creyó que su amiga debía ser una antigua compañera de colegio, por la cual sentía celuroso afecto, y la admiró aun más por su intensa simpatía hacia los demás.

Fué un alivio para ella ver entrar á Mrs. Greville en el salón, la cual se dirigió al anciano parlamentario con las manos extendidas. Hablaron de Roma, de madama Torlani, de los brillantes sapos y de mil cosas risueñas y entretenedoras. Nadie aventajaba á Mrs. Greville en esta clase de conversación; toda chispa, todo, y futilidad. Mr. Everham disfrutó de todo corazón y, pasado un buen rato, despidióse de las señoras. Entonces Mrs. Greville se acercó á Silvia, é inclinándose sobre ella le dió un beso. No era muy dada á cari-

cias ni á grandes demostraciones, y Silvia la miró con afectuosa gratitud.

—¿Secretillos todavía?—dijo Mrs. Greville.—No debo preguntar cuáles son... pero hay en su rostro una expresión que yo no había visto nunca, Silvia.

Esta levantó su cabeza altivamente. Era la primera vez, de hacía algunos años, que osaba levantarla ante las mujeres honradas.

—He tenido buenas noticias.—dijo brevemente, y la entrada de nuevas visitas impidió que la conversación siguiese por aquel derrotero.

En vano aquel día abrió algunos libros para leer; en vano quiso coser, bordar, escribir; le era imposible mantener fija su opinión en algo durante más allá de un minuto. Todo lo que podía recordar—la sola idea que conservaba en la mente,—era que su casamiento era legal.

No encontraba reposo dentro de casa; salió á los soleados jardines, y mirándose en el cristal de las fuentes vió reflejado allí su rostro. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que su belleza le complacía. Había olvidado lo que era sentir la menor vibración de placer ó deleite ante sus juveniles encantos; pero ahora, al contemplarse en las claras y cristalinas aguas, sintió especial contento. Quizás la asaltó el recuerdo de un tiempo en que alguien había alabado aquel rostro, llamándola la bella de las bellas. Se notó también una diferencia de expresión: el rostro que estaba acostumbrado á ver inclinado, con una expresión entre vergüenza y despo de ocultarlo á la vista del mundo, delataba ahora la confianza de la inocencia.

Pero aun el risueño jardín, lleno de luz, la oprimía. Encaminóse á su aposento, y arrodillándose junto á la cama dió gracias á Dios por haberla librado de la maldición que ella creía la acompañaría hasta la tumba. Nadie puede pensar cuán grande era su alivio, excepto aquellos que, como ella, han vivido bajo la sombra de una oscura nube y de pronto se desvanece la nube.

Pasado el primer éxtasis de felicidad, se encontró ante para pensar más claramente; no estaba más cerca de su perdido amor que antes; el resentimiento de su abandono no disminuía; la pena de su pérdida era tan profunda como antes; pero era suya una gran felicidad. Era ante Dios y los hombres una legítima esposa. De este gozo nadie podía despojarla. Nadie podía arrebatarlelo. Aun cuando no le volviese á ver más, se llevaría á la tumba aquel manantial de felicidad. No quiso decidir plan ninguno; lo único que resolvió fué que, así que volviese á Inglaterra, haría cuanto le fuese posible por encontrarlo.

Varios días después le dijo Mrs. Greville:

—Silvia... ¿sabe usted el tiempo que hace que faltamos de Inglaterra?

—Sí; llevo contados los días.—fué la respuesta.

—Y aun cuando no ha hablado usted de ello, aun cuando no ha murmurado usted ni se ha quejado, puedo imaginar que cada día le ha parecido un siglo, á causa de su gran amor por su hijo... por Cirilo.

—Me gustaría verle pronto.—declaró Silvia;

—pero aun cuando no le haya visto, no han transcurrido tres días sin tener noticias tuyas. Mr. Hardnam me ha enviado un retrato suyo... sin embargo, quisiera verle.

—Creo que ya hemos permanecido fuera bastante tiempo. Propongo que volvamos á Londres para la "season." ¿Qué piensa usted de ello?

Un súbito, ardiente sonrojo coloreó el rostro de Silvia; era el deseo de su corazón puesto en palabras.

—Que me placiera más que todo lo del mundo,—replicó con fervor.

—Hubiera usted podido desearlo hace tiempo y no decirlo nunca. Sospecho que iremos á Lingholme y que permanecerá usted una semana allí con su hijo... toda para él... y luego marcharemos á Londres.

Silvia estaba delectada. Mrs. Greville contempló la hermosa faz con admirativa sorpresa.

—Vendrá día en que me causará usted envidia, Silvia, si se va usted poniendo tan linda. Es necesario que atienda usted á mis laureles.

Hubo granda y general disgusto, cuando se supo que Mrs. Greville y su hermosa compañera marchaban de Roma; pero Silvia contaba los instantes; su interés hacia todo parecía muerto; no tenía más que una idea, un pensamiento, un ansia, y era verse en Londres, donde pudiera ponerse sobre las huellas de su perdido amor.

¿Sabía él que el casamiento era legal? No podía afirmarlo. A sus veces suponía que no, que su intención había sido la de engañarla; pero era un hombre de mundo y conocía los caminos del mundo; era imposible que hubiese caído en error. Sabiendo esto, ¿se habría casado otra vez? Se perdía en mil conjeturas; estaba casi aturrida por el caos de pensamiento que la abrumaba.

—No siente usted el dejar á Roma,—le dijo Mrs. Greville la mañana de la partida.—Me parece usted todo lo contenta que es posible estar. ¿Olvida usted la falange de adoradores que deja atrás?

—Esta falange no me preocupa en lo más mínimo,—replicó Silvia.—Me tiene perfectamente sin cuidado.

Y la risueña vida, que vivía de respirar la adulación y el homenaje, miró, entre sorprendida y admirada, el adorable rostro de la mujer que había hecho caso omiso de las brillantes ofertas de matrimonio, las cuales ni siquiera recordaba.

El viaje parecióle infinitamente largo á Silvia; y su impaciencia aumentaba de hora en hora. ¿Cómo estaría Cirilo? Parecióle haber pasado un año sin verle. Cumplía los siete años; ya no era un niño sino que caminaba hacia la adolescencia. El corazón de la madre tenía sed de su presencia!

—¿Cómo le podría dejarle? —se preguntaba una y otra vez.—Y, sin embargo, he hecho más por él que si hubiese guardado mi renta para hacerle un hogar!

Por la bondadosa voluntad de Mrs. Greville escribió á Mr. Hardnam, comunicándole su vuelta á Inglaterra y su deseo de ver al niño.

—No puedo,—le decía,—ir á Hamstead: ne-

ro le suplico que envíe al niño á Lingholme con persona de confianza, donde pasará conmigo una semana."

—Después de todo, la casa de uno es agradable,—dijo Mrs. Greville la noche de su llegada.

—Fuí del invierno inglés y de las brumas inglesas... que, sin embargo, no dejan de tener su peculiar encanto. Me parece que no saldré más.

Era muy agradable. Febrero se había presentado muy hermoso aquel año. Las campanillas azules asomaban su cabeza á través del césped; en lo sombrío del bosque se sentía un suave perfume de violetas; árboles y setos iban cubriéndose de verdor; había nueva vida en la fresca y fortificante brisa; el cielo se ostentaba azul y claro, y el sol brillaba resplandeciente. Parecía á Silvia como si todas las cosas vivientes tomaran parte en su felicidad y le hablasen de una nueva y más brillante vida.

Jamás había estado Lingholme tan bello. La última vez que salió de allí, la conciencia del dolor y la vergüenza le habían ocultado los encantos de la naturaleza, como lo hubiera podido hacer un oscuro velo tendido entre la creación y ella. Aquel velo se había descorrido; Silvia podía ver distintamente las bellezas del cielo y de la tierra. Quedaba aún el dolor, pero no la vergüenza; pero sin ésta, aquél se podía soportar.

Tres días después de su llegada, recibió carta anunciándole el inmediato viaje de Cirilo á Lingholme. Su rostro se puso como la cera al leer, y Mrs. Greville, al observarlo, dijo con bondadosa sonrisa:

—No se cuide usted de las apariencias, querida mía; déjeme usted y prepárelo todo para él. Quizás á tener yo un hijo, le hubiese amado tanto como usted al suyo.

CAPITULO V.

La noche se aproximaba; una luz purpúrea bañaba los árboles; el sol se había ocultado ya; el aire era fresco, impregnado de la fragancia de las violetas precoces y de los árboles forestales. Seguramente, bajo ese vasto firmamento azul, sobre la tierra, no había corazón más impaciente que el de la joven madre, que daba inquietos paseos por la terraza, desde la cual se distinguía gran extensión del camino. El niño había de llegar á Lingholme á las cinco, y desde las cuatro le esperaba ella.

Le habían preparado un cuartito contiguo al suyo, y arreglado una pequeña cama. Todo cuanto el corazón de una madre puede sugerir, ó puede hacer la mano de una madre, fué hecho, y ahora esperaba al hijo con el corazón lleno de impaciencia. Parecía cada hora un año, cada momento una hora. La luz se debilitaba por el oeste: ¿es que no vendrá nunca?

De pronto vió el carruaje doblar un recodo del camino. Voló mejor que corrió. Abrió la puerta y gritó con vehemencia:

—¡Cirilo!... ¡Cirilo!... ¿Dónde estás?

Un momento después le tenía en sus brazos. Cubrió su rostro de besos y lágrimas; le prodigó todos los amantes nombres, hasta que el niño la contempló sorprendido.

—¿Te asusto, querido mío?—exclamó.

El carruaje se aproximaba á la casa.

—Esos grandes árboles casi me causan miedo, mamá. Mira, inclinan sus ramas como si quisieran decirme algo. ¿Vamos á casa?

Recobróse de su pasajero acceso de angustia y tomó las manos del pequeño entre las suyas.

—Y una linda casa, Cirilo,—dijo ella gentilmente.—Tenemos pájaros y flores. Ya encontraremos una jaquita para que montes en ella.

—¿Es nuestra casa?—preguntó el niño.—¿Es tuya?

—No. Ya tendremos algún día una nuestra; ésta no lo es. Pertenece á una buena y generosa señora que se alegrará mucho de verte.

La mención de la jaquita alegró por completo el corazón del niño.

La dueña de Lingholme, ó sea Mrs. Greville, á pesar de su ligereza, tenía un hermoso corazón. Acogió al pequeño visitante de la manera más cordial. Tomóle en sus brazos, besó el sonrosado rostro y luego le miró con tal detenimiento que llamó la atención de Silvia.

—Cirilo no se parece á mí,—dijo gentilmente.

—No, en lo más mínimo; pero estas facciones me hacen recordar un semblante... no puedo imaginar cuál. ¿Se parece á su padre?

El corazón de Silvia detuvo un momento sus latidos. ¿Dañaría á su hijo el confesar que se parecía al padre? No, pues ella era la esposa de su padre. Y, entre orgullosa y disgustada, contestó:

—Pienso que sí. Hay entre ellos un gran parecido.

Mrs. Greville continuaba mirando al niño con la misma fijeza.

—No puedo recordar á quién se parece tanto. Este rostro está para mí lleno de agradables reminiscencias. ¿Era inglés su esposo, Silvia?

—Sí, era inglés.

Y luego la conversación tomó otros derroteros; pero á intervalos la mirada de Mrs. Greville se detenía pensativa en el niño.

Durante unos días fué Silvia perfectamente feliz; casi olvidó sus cuidados ante la presencia de la adorada criatura. Su ansioso corazón seguía todos sus movimientos y escuchaba cada una de sus palabras. En el infantil corazón no había el menor síntoma de egoísmo. Una ó dos veces se había sentido desfallecida por el temor de que, teniendo el rostro de su padre, heredase también sus faltas; pero no encontró vestigio de ellas, y dió gracias á Dios en lo íntimo de su corazón. Era una criatura noble y generosa, llena de buenos instintos y buenos impulsos; jamás dió la menor muestra de ruindad ó egoísmo.

—Su hijo de usted debiera ser un príncipe, Silvia,—le dijo un día Mrs. Greville,—sus ideas son soberbias.

Silvia suspiró. ¡Un príncipe! ¡Si sólo pudiese dejarle un nombre immaculado, no pediría al cielo más dones para él!

Terminada la semana, Mrs. Greville fué la primera que se opuso á que el niño marchase tan pronto.

—Después de tanto tiempo sin verle, una semana no supone nada. He cambiado de opinión acerca de lo de Londres; no quiero ir todavía. Lady Courcier viene á Mount con una partida de amigos, y yo conozco á la mayor parte de ellos. Quedémosnos un mes más.

Sin esta decisión, la presente historia hubiera sido muy distinta.

Queó, pues, convenido que Cirilo permaneciera en Lingholme hasta que ellas marchasen á Londres; entonces su madre le volvería al colegio.

Dos días después, recibió Mrs. Greville una invitación que ya esperaba, la de ir á Mount á pasar una temporada con lady Courcier.

—Será preciso que se entretenga usted como pueda estos días, querida mía,—le dijo á Silvia.—Supongo que nada necesitará usted ahora, teniendo á su hijo.

Así, durante breves días, la madre y el hijo fueron indeciblemente felices; después, Silvia recibió una escuela de Mrs. Greville.

—No iré hasta el miércoles,—decía,—y llevaré á una amiga, lady Dynecourt. Su marido está ausente y ella está delicada; el ruido y movimiento de una gran reunión son demasiada cosa para ella. La he invitado á pasar unos días en Lingholme. ¿Quiere usted cuidar de que todo esté dispuesto para recibirla?

Era anochecido cuando llegaron Mrs. Greville y su visitante. Cirilo se había acostado, y Silvia estaba sola en la sala, esperando la llegada de las dos amigas. Desde el primer momento la encantó lady Dynecourt; había algo de noble é irresistible en su aristocrático semblante; sin embargo, á Silvia parecíale ver también allí un no sé qué de melancólico. Era anable, graciosa, encantadora, pero á pesar de toda su gracia y gentileza, se entreveía un fondo de tristeza.

—Es adorable,—pensó Silvia,—muy gentil, pero estoy segura de que no es feliz.

Esto no obstante, de los labios de lady Dynecourt no escapaba una palabra que pudiese delatar tristeza alguna. Tomaba parte en todas las conversaciones, su sonrisa era atractiva, y escuchaba con la atención más encantadora cuanto se la comunicaba; pero Silvia vió, debajo de todo esto, una perenne corriente de tristeza; un constante desvío hacia un insuperable manantial de infelicidad.

Silvia le fué á lady Dynecourt altamente simpática; su belleza, su gracia y afectuosa disposición la atrajeron desde el primer momento. Cuando se separaron aquella noche, tomó la mano á Silvia.

—Mrs. Greville me ha dicho que tiene usted un precioso niño,—dijo cariñosamente.

Algo en su rostro hizo que Silvia preguntara: —¿No tiene usted hijos, lady Dynecourt?

El dulce rostro palideció.

—No,—contestó milady,—no tengo hijos.